

Las raíces de Alfonso

Mi palabra va a tener aquí el privilegio y la responsabilidad de referirse a las raíces existenciales y espirituales de Alfonso Carlos Comín, al origen de su actitud *radical*. Fuí testigo fraterno de ellas entre 1953 y 1958 y, en esos años, mis raíces y las suyas se entrelazaron con tal intimidad y fuerza que, hoy, más que recordar, haré memoria, pues los recuerdos —siempre superficiales— se olvidan, pero lo subterráneo y radical permanece y forma parte imperecedera de uno mismo.

Si, como luego diré, Mounier se halla en la raíz de Alfonso (“el acontecimiento es nuestro maestro interior”), Ernst Bloch ha sido su último maestro decisivo. De él son estas reflexiones, que Alfonso hizo suyas al borde de su vida: “Cada instante contiene potencialmente la fecha de la consumación del mundo”. “La génesis real no está al comienzo, sino al final”. Es decir, cuando la sociedad y la existencia echan raíces o se vuelven radicales, cuando el hombre se reconoce y se fundamenta —sin enajenación— en una democracia real, entonces surge en el mundo algo que a todos se nos aparece en la niñez y en donde nadie estuvo todavía: la *patria*. Y Alfonso concluía premonitoriamente, aclarándonos así las palabras de Bloch: “*Ahora* queda el posible instante de realización

de sí mismo, de reconciliación final del ser con el existir consumado, la superación de la escisión religiosa entre su manifestación presente y su esencia no presente, dejando que el anhelo de alegría, felicidad y patria rompan la compuerta de la gratuidad en un gesto final, ni heroico ni mediocre, tan sólo intrasferible: la propia muerte, como participación solitaria, incomunicada e incomunicable, de la consumación del mundo. Ese gesto, ¿acaso su salvación? ¿acaso patria?”.

Pude vivir, semana tras semana, los días finales de Alfonso y, con ellos, su paciente silencio, su profunda inmersión en sí mismo hasta su consumación. Buscaba con ello lo que siempre había tenido misteriosamente desde niño: la salvación y la patria, o sea Dios, “esos días azules y ese sol de la infancia”. Alfonso llegó, por fin, a su génesis, a su raíz. Su vida había sido una permanente fidelidad —a través de lo opaco— a aquella luz que le alumbró el comienzo. De esa luz quiero hablar.

UN GRANO DE MOSTAZA

Desde la infancia —esa primera época de la vida en la que el cuerpo y el alma nos confirman su unidad— Alfonso impresionaba, pues parecía hecho de materia

espiritual. Es ya casi un tópico hablar de su mirada trasparente y pura, de su sonrisa dulce, de su donaire y gracia, que tanto seducían sin ser él un seductor. Su vitalidad y agilidad tenían, con todo, un último punto triste y fatigado. Diríase que, sobre un esqueleto fuerte y tenaz, la carne se hallaba abierta a todas las heridas, y que, aún así, la alegría de vivir y el amor a las cosas materiales y a los seres le otorgaban un aura de luz que le señalaba en medio de cualquier sordidez.

Así que le conocí y por eso me hice su amigo y le amé cuando él tenía veinte años. Fue el iniciador de mis años de aprendizaje, el Virgilio que me condujo por las callejas sórdidas del casco antiguo de Barcelona, en cuyas tabernas él gustaba de crear encuentros fraternales y comunitarios alrededor del pan y del vino. Con él fumé los primeros "ideales", negros y pobres, y, juntos, leíamos a Salinas y a Miguel Hernández ("el mundo algo quiere", "compañero del alma, compañero") y escribíamos poemas o intercambiábamos noticia de nuestros descubrimientos. ¡Con cuánto honor sabía tratar un plato sabroso! ¡Con qué arte describía la belleza de una muchacha o de una sinfonía!

Su fe en la tierra era radical y amaba su patria, es decir, sus padres y la tradición que de ellos recibió. Una tradición de idealismo generoso, de dar la vida y la fortuna por una causa considerada justa. Tradición de la fe, inseparable de las obras de misericordia y de la esperanza de los bienaventurados. Alfonso era, en cuerpo y alma, un cristiano natural y tenso. Le dolía literalmente el Mal en el mundo, el dolor de los otros, la enfermedad, la injusticia, el abandono, la muerte. Le vi llorar muchas veces, como un hombre, por el sufrimiento ajeno. Amaba a los pobres, los débiles, los solitarios. Con ellos era dulce y tierno como un niño. Y fue esa infancia espiritual la que le acercó a Teresita de Lisieux, a Charles de Foucauld, a Bernanos, a Camus y a Mounier.

Como ciertos héroes de Graham Greene, Alfonso *tan sólo* pretendía equilibrar la balanza del dolor del mundo, en imitación de Cristo. Su fe en El no podía separarla de la esperanza humana. Toda su ternura se volvía indignación contra la miseria material y moral. Mas su urgencia de lucha rebelde pronto se asentó en la paciente humildad de quien se sabe tan sólo un grano de mostaza, al cual, sin embargo, el Evangelio augura que crecerá con los años hasta convertirse en un árbol frondoso en el que anidarán pájaros venidos de todas partes.

"El grano de mostaza" se llamó el pequeño grupo de amigos que fundamos en 1953 con Alfonso. Y el estrechísimo cubículo en donde nos reuníamos se llamó "El Carromato", pues teníamos conciencia de hallarnos de paso, de ir de camino, de avanzar —entre pausas— con la Historia.

EL ACONTECIMIENTO, MAESTRO INTERIOR

Así era, en profundidad, la luz que Alfonso recibía y daba a los veinte años, en el círculo reducidísimo de estudiantes educados en colegios religiosos, que por aquel entonces nos incorporábamos, desconcertados, a una vida política inexistente y a una Universidad desolada y triste. Alfonso había heredado un gran respeto por la política idealista y generosa y eso fue justamente lo que le permitió su primera "ruptura en la fidelidad". El sacrificio de su padre por la causa franquista le llevó a la exigencia cristiana de la "reconciliación nacional", de acabar con el espíritu de la Guerra Civil de una vez por todas. El primer y fundamental abrazo de fraternidad debía darse a los vencidos, a los trabajadores, a los "rojos". Pero la paz postulada exigía la restauración de la justicia. En los campos del SUT, en las barracas de Montjuïc, en las callejuelas portuarias, Alfonso saltó del sentimiento rebelde a la pasión revolucionaria.

En 1956, Alfonso había hallado ya en sí, con naturalidad dolorosa, el *corpus* de su doctrina viva. Había estudiado ingeniería para cumplir con un deber filial, pero su vocación auténtica era la lucha ética mediante la palabra y con trascendencia política. Alfonso despreciaba al intelectual que no se compromete vitalmente con los débiles y desgraciados y no se pone a su servicio. Amor y Política coincidían. ¿Por qué no iban a coincidir cristianismo y socialismo? El descubrimiento conjunto de Mounier nos dio la clave en muy pocas páginas de lectura (¿*Qué es el personalismo?*), que fueron una verdadera revelación. Todo o casi todo lo que ha dicho

o hecho Alfonso hasta su muerte arranca de la comprensión luminosa de un Mounier maduro, a punto de morir. El cristiano puede y debe asumir todo aquello del socialismo marxista que colabora a la construcción de una comunidad fraternal de hombres libres e iguales.

En 1957, tras los importantes acontecimientos políticos y universitarios que nos alinearon claramente contra el franquismo, Alfonso y yo, junto con otros amigos de Barcelona y de varios puntos de España, fundamos el Frente de Liberación Popular (que en Cataluña adoptó, desde el principio, rasgos propios y autónomos). Con él pretendíamos, en el terreno ideológico y organizativo, superar tanto el comunismo stalinista como la socialdemocracia, pero no menos la identificación política entre los cristianos y la democracia cristiana. Nosotros creíamos que el cristianismo era una levadura revolucionaria que, introducida en el socialismo marxista, impediría nuevos stalinismos. En 1958, Alfonso expuso por primera vez, ante un público universitario, las convicciones que, con escasísimas variantes, han empezado a ser difundidas, gracias a su acción, en estos últimos años. Más de veinte han transcurrido y, sin embargo, todo estaba ya dicho y asumido hasta el compromiso más radical en aquella profecía de 1958, que tanto conmovió a los estudiantes comunistas que le oyeron, condenados como estaban a un silencio que, en su nombre, Alfonso rompió cuando aún era tan sólo un "cristiano revolucionario".

DE LA PALABRA AL SILENCIO

Dije que mi memoria concluiría en 1958. En tal fecha se abre lo que bien pudiera llamarse "vida pública" de Alfonso Comín, el crecimiento de ese árbol, rebelde y frondoso, que ni el rayo de la muerte puede ya abatir. Yo he sido testigo solamente de las raíces y del grano que no da plenitud de fruto hasta que muere. Sin embargo, hay una raíz que se prolongó más tiempo, que ahondó más en su alma y que tiene en María Lluïsa, su compañera, el testigo más excepcional. Me refiero a su experiencia familiar y laboral, entre 1961 y 1965, en el Sur andaluz, en el "corazón de las masas", viviendo la espiritualidad de los Hermanitos y Hermanitas de Jesús. El, hombre de palabra, se aproximó al silencio. De la infancia espiritual a la pobreza y a la humildad. Del anonadamiento al silencio de Dios.

De esta raíz, aún más honda y firme, se alimentó la futura acción política de un Alfonso íntimamente contemplativo, arquetipo vivo del hombre, trascendido en su cielo, que no abandona la fe, la esperanza y el amor de la tierra. Su marcha, paciente y silenciosa, hacia la consumación, fue ese gesto final de participación solitaria en la plenitud del mundo que amó —que ama y que seguirá amando— tanto.

J. A. GONZALEZ CASANOVA

En una reunión de amigos, en 1979, de izquierda a derecha: Lorenzo Gomis, Rosario Bofill, Alfonso Comín, J. M. Rovira Belloso, J. A. González Casanova.

